LA CRUZ vol. 30 (1950)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1950

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 30 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .C78
Cruz.

La Virgen de la Sonrisa.

LA CRUZ"

OCTUBRE DE 1950.

TOMO XXX NUM. 358

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS

Y SUS HERMANOS ESPIRITUALES

UNO de los rasgos más originales de la encantadora Virgen de Lisieux es el de su fraternidad espiritual con dos misioneros, la cual, a juzgar por sus frutos, fué sin duda bendecida y sancionada por Dios.

Y no sólo es un rasgo original, sino —en sus circunstancias especiales— nos parece único en la Hagiografía, pues no encontramos ninguna otra santa que en este camino la haya precedido.

Y por eso mismo, este rasgo es más para ser admirado que imitado, pues, como la misma santa lo advirtió con su admirable buen sentido, no es prudente que las Superioras permitan a sus religiosas esta clase de correspondencia, que fácilmente les acarreará más distracción que provecho. Esto mismo nos hace comprender la confianza que las Superioras tuvieron en la madurez y en la virtud sólida y a prueba de ilu-

siones de Santa Teresa del Niño Jesús, al autorizarle esta correspondencia (1).

Pero al mismo tiempo, estas cartas nos revelan una vez más su alma, con ese conjunto de cualidades, al parecer opuestas, pero que en el fondo más bien se completan: sus deseos "infinitos"(2) con su profunda humildad, su sencillez infantil con la más discreta prudencia, y al mismo tiempo que su espíritu se cierne en las cimas de lo sobrenatural, aparece a la vez encantadoramente humana, exquisitamente sensible, interesada en esos pequeños detalles que forman una de las más delicadas satisfacciones de la amistad cristiana.

Una religiosa de virtud ordinaria no hubiera admitido un retrato; le hubiera parecido ocasión de apego y motivo de distracción. Mucho menos hubiera tenido la sencillez de pedir un mechón de cabellos. La santidad consumada de Santa Teresita se avino ingenuamente a todo esto.

Y cómo conmueve comprobar que, cuando la enfermedad inexorable destrozaba su organismo, tenía la abnegación heroica de olvidarse de sí misma para no pensar sino en divertir un poco a su lejano misionero con el gracejo de sus cartas y en consolarlo por la pena de su próxima partida de este mundo.

Y a sus dos misioneros les deja en testamento, no sólo palabras de una sublime espiritualidad, sino también la última foto, la última imagen por ella pintada, el pequeño crucifijo que la acompañó toda su vida... ¡Encantadora delicadeza de las almas de los santos que, cuando más cerca están del Corazón de Dios, más en

(1) El año pasado se publicó por primera vez la colección completa de las cartas de Santa Teresa del Niño Jesús; hasta esa fecha no se conocían sino 52 fragmentos, publicados como apéndice en la *"Historia de un alma"*. Esta colección comprende 238 cartas y de ella nos hemos servido para la redacción de estos artículos. Por primera vez se publican en español. Cf.: LETTRES DE SAINTE THERESE DE L'ENFANT-JESUS. Office Central de Lisieux.

(2) "Je sens en mon coeur des desirs infinis".

contacto se ponen con las debilidades del pobre corazón humano!

Pero entremos en materia.

* * *

El primero de sus hermanos espirituales fué el R.P. Adolfo Roulland, de las Misiones Extranjeras.

El P. Roulland nació en Cahagnolles, cerca de Bayeux, el 13 de octubre de 1970; era por tanto un poco más de dos años mayor que Santa Teresita. Entró en el Seminario de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París y un mes antes de su ordenación sacerdotal, sirviéndose de la mediación del R.P. Norbert de los Premonstratenses de Mondaye (Calvados), pidió a la M. Priora del Carmelo de Lisieux, que le escogiera una de sus hijas para asociarla a su futuro apostolado misional, con objeto de asegurarle a éste la mayor fecundidad posible.

La M. María de Gonzaga le designó a Sor Teresa del Niño Jesús y escribió al P. Roulland:

"**Es la mejor entre mis buenas religiosas**". Y también: "**Tendrá un auxiliar muy fervoroso que no descuidará nada para salvar a las almas. Esta querida jovencita es toda de Dios**".

El 28 de junio de 1896 se ordenó de sacerdote. Al día siguiente, celebró su primera misa en París, usando un corporal, una palia y un purificador que le hizo Sor Teresa del Niño Jesús. Algunos días después, celebró la Santa Misa en la Capilla del Carmelo de Lisieux y habló en el locutorio con Sor Teresa del Niño Jesús.

El 23 de junio de 1896, 5 días antes de su ordenación sacerdotal, el P. Roulland recibía esta carta de Sor Teresa:

"Mi reverendo Padre: Pensé que sería agradable a nuestra buena Madre Priora ofrecerle el 21 de junio, que es su santo, un corporal, un purificador y una palia para

que tenga el gusto de enviárselos para el 29. A esta venerable Madre es a quien debo la dicha íntima de estar unida a ud. por los lazos apostólicos de la oración y de la mortificación. Por lo cual, le suplico que me ayude en el altar santo a pagar esta deuda de gratitud.

Me siento muy indigna de haber sido especialmente asociada a uno de los Misioneros de nuestro adorable Jesús; pero, puesto que la obediencia me confía esta dulce misión, estoy segura de que mi Esposo celestial suplirá lo que falta a mis insignificantes méritos, —sobre los cuales de ninguna manera me apoyo—, y escuchará los deseos de mi alma haciendo fecundo su apostolado. Y seré verdaderamente feliz trabajando con ud. en la salvación de las almas. Con este fin me hice Carmelita; no pudiendo ser misionera por la acción, quise serlo por el amor y la penitencia, como Santa Teresa, mi seráfica Madre.

Le suplico que pida para mí a Jesús el día que se digne **por primera vez** descender del cielo **a su voz**, que me abrase en el **fuego de su amor**, a fin de que pueda en seguida ayudar a ud. a encenderlo en los corazones.

Desde hace mucho tiempo deseaba conocer un **apóstol** que tuviera a bien **pronunciar mi nombre en el altar santo el día de su primera Misa**... Deseaba prepararle yo misma los lienzos sagrados y la Hostia blanca destinada a velar al Rey del cielo... Ese Dios de bondad ha querido realizar mi sueño y me muestra, una vez más, cuánto se complace en colmar los deseos de las almas que no aman más que a Él.

Si no temiera ser indiscreta, le pediría también que cada día en el altar santo tuviera un recuerdo para mí.

Cuando el océano lo separe de Francia, recuerde, mirando la palia que he pintado con tánto gusto, que sobre la montaña del Carmelo hay un alma que ora sin cesar al Divino Prisionero del Amor por esas gloriosas conquistas de ud.

Deseo que nuestra unión apostólica no sea conocida

sino sólo de Jesús y reclamo una de sus primeras bendiciones para la que será feliz en decirse eternamente su indigna y pequeña hermana en Jesús Hostia,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz (3)''

El 31 de julio de este mismo año (1896), los superiores enviaron al P. Roulland a China para misionar en el Su-Tchuen. La víspera, la santa le escribió y ya no le llama Reverendo Padre, sino ''**Hermano mío**'', y candorosamente se alegra de que su Madre Priora le permita guardar su fotografía (4). ''Es un privilegio muy especial, le escribe, una carmelita no tiene los retratos ni de sus parientes más próximos; pero nuestra Madre sabe bien que el de ud., lejos de recordarme el mundo y los afectos de la tierra, elevará mi alma a regiones más altas y la hará olvidarse de sí misma, para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Así, Hermano mío, mientras atravesaré el mar en su compañía, ud. se quedará cerca de mí, muy oculto en nuestra pobre celda... Todo lo que me rodea me trae a la memoria su recuerdo: el mapa de Su-Tchuen lo he colocado en la pared de mi ''oficina'' donde trabajo y la imagen (5) que me dió descansa siempre sobre mi corazón en el libro de los Evangelios, del que no me separo jamás.

Adiós, Hermano mío, la distancia no podrá jamás separar nuestras almas; la muerte misma hará nuestra unión más íntima. Si voy pronto al cielo, pediré a Jesús permiso para visitarlo en Su-Tchuen y continuaremos juntos nuestro apostolado. Entretanto, le estaré siempre unida por la oración y pediré a Nuestro Señor

(3) Carta 168 del 23 de junio de 1896.

(4) Después de la muerte de la Santa, se encontró en su escritorio la fotografía del P. Roulland con un papel en el que escribió: "Esta fotografía no me pertenece; nuestra Madre me dijo que *la guardara* en nuestro escritorio y que ella la recogerá cuando lo crea necesario".

(5) Era la imagen recuerdo de la ordenación sacerdotal del P. Roulland; en el reverso escribió el P.: "En la tierra trabajemos unidos; en el cielo compartiremos la recompensa".

que no me deje nunca gozar mientras ud. sufre. Aún querría que mi Hermano tuviera siempre los consuelos y yo las pruebas, ¿no es esto quizá egoísta?... Pero no, puesto que mi única arma es el amor y el dolor, en tanto que su espada es la de la palabra y de los trabajos apostólicos.

Una vez más, adiós Hermano mío; dígnese bendecir a la que Jesús le ha dado por hermana

Sor Teresa de Jesús de la Santa Faz (6)".

Por coincidencias verdaderamente providenciales, Dios se complació en confirmar la unión de estas dos almas.

"El 8 de septiembre de 1890 —declaró el P. Roulland en el proceso de canonización (7)— me atormentaban dudas sobre mi vocación y acerca de mi entrada al Seminario mayor. Mientras oraba en la capilla de Nuestra Señora de **la Délibrande**, súbitamente y de una manera definitiva quedé confirmado en mi vocación.

Ahora bien, supe más tarde que ese mismo día profesó la sierva de Dios, Sor Teresa del Niño Jesús, y le pidió a Nuestro Señor que le diera un alma de sacerdote".

La santa, en carta del 1º de noviembre de 1896, le escribe al mismo Padre:

"El 8 de septiembre de 1890 su vocación de misionero fué salvada por María, la Reina de los Apóstoles y de los Mártires; y ese mismo día, una pequeña carmelita se hacía la esposa del Rey de los cielos. Diciendo al mundo un adiós eterno, su único objeto era salvar almas, sobre todo almas de apóstoles. A Jesús, su Esposo divino, le pidió particularmente un alma apostólica; no pudiendo ser sacerdote, quería que en su lugar un sacerdote recibiese las gracias del Señor y tuviese las mismas aspiraciones y los mismos deseos que ella...

(6) Carta 173 del 30 de julio de 1896.
(7) Sumarium del Proceso, Nº 1523.

Hermano mío, ud. conoce la indigna carmelita que hizo esa oración. ¿No piensa, como yo, que nuestra unión, confirmada el día de su ordenación sacerdotal, comenzó el 8 de septiembre?

Creía no encontrar sino en el cielo al apóstol, al hermano que había pedido a Jesús; pero ese amado Salvador, levantando un poco el velo misterioso que oculta los secretos de la eternidad, se dignó darme desde el destierro el consuelo de conocer al hermano de mi alma y de trabajar con él en la salvación de los pobres infieles.

¡Oh, qué grande es mi gratitud cuando considero las delicadezas de Jesús! ¿Qué nos reserva en el cielo, si desde acá abajo su amor nos dispensa tan deliciosas sorpresas?''

Después, con sencillez, ingenua e infantil, le pide un mechón de sus cabellos:

''Al saber que ha tenido que vestirse con el traje regional de los chinos, pensé naturalmente en el Salvador que se revistió de nuestra pobre humanidad y se hizo semejante a nosotros a fin de redimir nuestras almas para la eternidad.

Quizá va a juzgarme muy infantil, pero no importa: le confieso que cometí un pecado de envidia al saber que sus cabellos iban a ser cortados y sustituídos por una trenza china... No es ésta última lo que deseo, sino sencillamente un pequeño mechón de los cabellos que ya no le son útiles.

Sin duda que, riéndose, me va a preguntar qué voy a hacer con ellos. Pues, bien, es muy sencillo: esos cabellos serán para mí **reliquias** cuando ud. esté en el cielo con la palma del martirio en la mano. Le parecerá sin duda que me anticipo demasiado, pero es el único medio de conseguir mi objeto, porque a su hermana —que no es reconocida como tal sino por Jesús— la olvidarán seguramente en la distribución de sus reliquias. Estoy muy segura de que se reirá de mí, pero

eso no importa; si consiente en pagar la pequeña recreación que le doy con los cabellos de un futuro mártir, quedaré bien recompensada (8)".

A mediados de marzo de 1897, 6 meses antes de su muerte, cuando la enfermedad estaba haciendo ya grandes estragos en la santa, minada por la fiebre, teniendo que sufrir un doloroso tratamiento de quemaduras con termocauterio, le escribe, sin embargo, al P. Roulland una carta que es modelo de alegría y de buen humor.

"Su carta tan impregnada de santa alegría me ha interesado mucho. He seguido su ejemplo y he reído de buena gana a expensas de su cocinero, a quien veo desfondando su marmita. Su tarjeta de visita (escrita con caracteres chinos) también me ha divertido mucho: no sé ni de qué lado voltearla y me he sentido como un niño que quiere leer un libro y lo pone al revés".

Sor Teresa le refiere en su carta, para hacerlo reír, un episodio de la Hermanita cocinera:

"Regalaron al Carmelo de Lisieux un pequeño cangrejo muy bien empacado en su cestita. Sin duda, hacía mucho tiempo que esa maravilla no se había visto en el Monasterio. Nuestra Hermana cocinera recordó, sin embargo, que era necesario poner al animalito en el agua para que se cociera; y lo hizo, pero gimiendo de verse obligada a tratar con tánta crueldad a una inocente criatura... La inocente criatura parecía dormida y se dejaba hacer, pero tan pronto como sintió el calor, su dulzura se cambió en furor y, consciente de su inocencia, no pidió permiso a nadie para saltar en medio de la cocina, pues su caritativo verdugo no había puesto todavía la tapadera de la marmita.

La pobre hermana se arma de unas pinzas y corre tras el cangrejo que salta desesperadamente. La lucha continúa largo tiempo. Al fin, cansada de batallar, la cocinera, siempre armada de sus pinzas, va a buscar a

(8) Carta 178 del 1º de noviembre de 1896.

Nuestra Madre y le declara que el cangrejo está verdaderamente endiablado. Su cara decía más que sus palabras, —¡pobre criaturita, tan dulce, tan inocente un momento antes, héte ahí pues endiablada! ¡Verdaderamente no hay que creer en los cumplimientos de las criaturas!—

Nuestra Madre no pudo contener la risa al escuchar las declaraciones del juez que reclamaba justicia y se fué luego a la cocina, tomó al cangrejo que, como no había hecho voto de obediencia, opuso alguna resistencia, y después de haberlo introducido de nuevo en su prisión se fué luego de haber cerrado bien la puerta, es decir, la tapadera. Por la tarde, en el recreo, toda la Comunidad rió hasta llorar del pequeño cangrejo endiablado y al día siguiente cada una pudo saborear un bocado de él (9)".

El 14 de julio de 1897, dos meses y medio antes de su muerte, le escribió la última carta.

"Hermano mío: Cuando reciba esta carta, sin duda habré dejado la tierra... El Señor en su infinita misericordia me habrá abierto su reino y podré tomar de sus tesoros para prodigarlos a las almas que me son queridas. Crea, Hermano mío, que su pequeña hermana cumplirá sus promesas y que su alma, libertada del peso de la envoltura mortal, volará gustosa a las regiones lejanas que ud. evangeliza. ¡Ah! Hermano mío, lo siento, le seré más útil en el cielo que sobre la tierra; y por eso, llena de dicha, vengo a anunciarle mi próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que compartirá mi gozo y agradecerá al Señor que me proporcione la manera de ayudarle más eficazmente en sus obras opostólicas.

Cuento con que no permaneceré inactiva en el cielo, pues mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas; así lo pido al buen Dios y estoy cierta de

(9) Carta 191 del 19 de marzo de 1897.

que me escuchará. ¿No están los ángeles continuamente ocupados en servirnos sin dejar de ver la faz divina, sin dejar de perderse en el Océano sin riberas del amor? ¿Por qué Jesús no me permitiría imitarlos?

Hermano mío, ud. sabe que si dejo ya el campo de batalla, no es por el deseo egoísta de descansar; el pensamiento de la bienaventuranza eterna apenas hace estremecer mi corazón: ¡desde hace tánto tiempo el dolor se ha convertido en mi cielo sobre la tierra, que verdaderamente no acierto a concebir cómo podré aclimatarme en un país donde la alegría reina sin mezcla alguna de tristeza! Será preciso que Jesús transforme mi alma y le dé la capacidad de gozar; de otra manera no podré soportar las delicias eternas.

Lo que me atrae de la Patria de los cielos es el llamamiento del Señor, es la esperanza de amarlo al fin como lo he deseado y el pensamiento de que podré hacer que lo amen una multitud de almas que lo bendecirán eternamente.

Hermano mío, ya no tendrá tiempo de enviarme sus encargos para el cielo, pero los adivino y además, basta que me los diga en secreto y yo llevaré fielmente sus mensajes al Señor, a nuestra Madre Inmaculada, a los ángeles y a los santos que ud. ama. Pediré para ud. la palma del martirio y estaré cerca de ud., sosteniendo su mano, para que recoja sin esfuerzo la palma gloriosa; y después, alegremente, ¡volaremos juntos a la Patria celestial, rodeados de todas las almas que serán nuestra conquista!

Adiós, Hermano mío, ruegue mucho por su hermana, **ruegue por nuestra Madre**, cuyo corazón sensible y maternal sufre mucho al tener que aceptar mi partida.

Cuento con ud. para consolarla. Soy de ud., por la eternidad, su pequeña hermanita

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz (10)".

(10) Carta 225 del 14 de julio de 1897.

Como vimos, el P. Roulland partió para China en 1896. Trece años más tarde, en 1909, fué llamado por sus superiores para desempeñar el cargo de Director y después de Ecónomo del Seminario de las Misiones Extranjeras de París.

Cuando se llevó a cabo el proceso de Beatificación de la Santa, el P. Roulland fué uno de los testigos que en el proceso declararon.

Por humildad rehusó, en 1917, el honor del Episcopado, para el cual fué propuesto por el voto unánime de los votantes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras.

Murió santamente el 12 de mayo de 1937 (11), a los 67 años de edad.

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

(Continuará)

ATENTO AVISO

Muchos suscriptores no han cubierto su suscripción por este año de 1950. Les suplicamos encarecidamente que cuanto antes se pongan al corriente de sus pagos; de lo contrario, nos veremos en la dura necesidad de suspender su suscripción; de manera que éste será el último número que reciban.

(11) Tal vez se extrañe el lector de que, habiendo pedido Sta. Teresita para su hermano espiritual la gracia del martirio, no se la haya concedido Nuestro Señor. Debemos pensar que no siempre concede Nuestro Señor una gracia en la forma especial en que se la pedimos para concederla en una forma superior. Hay muchas clases de martirios y algunos precisamente por ocultos, por carecer de la gloria exterior del martirio, son más meritorios y dan más gloria a Dios.

El Camino regio del Amor

— VI —

AMOR Y HUMILDAD

EXPLIQUÉ en el artículo anterior que es indispensable examinar cuidadosamente el alma y ver cuáles son los afectos que pueden impedir el pleno desarrollo del amor de Dios.

Para ayudarnos en este trabajo que, en el fondo, es personal, voy a recorrer varias regiones del alma o varios puntos de la vida espiritual, para que cada quien vaya viendo lo que le pudiera convenir; o bien, a semejanza de lo que digo en una materia, pueda discurrir y orientarse en otra.

Y para esto, voy a hablar de virtudes.

En el fondo es lo mismo quitar afectos, combatir defectos y cultivar virtudes. Porque todo está en perfecta armonía: los afectos producen los defectos. Combatir un defecto es también influir en la raíz de él, que es el afecto. Quitar el afecto es arracar la raíz; y cultivar una virtud es combatir el afecto y el defecto, porque la virtud es contraria al defecto. Y la virtud, como decía citando a San Agustín, "**es el orden en el amor**"; por consiguiente, quita lo que hay de desordenado en nuestros afectos.

Y me parece más fácil y más atractivo tratar de vir-

tudes que tratar de defectos; por eso trataré de virtudes y, cuando se presente la oportunidad, también hablaré del defecto contrario a aquella virtud.

Y voy a comenzar por la humildad, porque es una virtud fundamental.

* * *

San Agustín dice: "*¿Quieres ser grande? Empieza por empequeñecerte. ¿Quieres levantar un grande edificio de virtud? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Los edificios, antes de levantarse hacia arriba, se hunden en el seno de la tierra*".

Así acontece en el orden espiritual: para que se levante el edificio de la perfección, primero hay que echar el cimiento de la humildad. Y cuanto más grande sea el edificio, más profundo debe ser el cimiento.

Pudiéramos pensar que San Agustín, como tenía mucho de orador y de literato, hubiera exagerado un poco las cosas. Pero Santo Tomás, que es preciso, exactísimo, se propone el problema: "¿La humildad, —pregunta—, es verdaderamente fundamento de la vida espiritual?" Y el santo distingue dos fundamentos: uno negativo y otro positivo. Y después de muchas consideraciones muy profundas, resuelve que la humildad es el fundamento negativo de la vida espiritual, y la fe el fundamento positivo.

Y explica por qué es fundamento la humildad: por dos motivos, dice: el primero, porque **va contra la raíz más honda de los pecados**; pudiéramos decir en lenguaje vulgar, "porque le da en la cabeza a Don Yo". El gran obstáculo para la vida espiritual, es la soberbia. "**El principio de todo pecado**, dice la Escritura, **es la soberbia**".

Las otras concupiscencias de que nos habla el Apóstol San Juan tienen también como raíz la soberbia, que influye en ellas.

De manera que lo que destruye, lo que combate a la soberbia, combate y destruye la raíz más honda de los pecados y de los defectos, y quita el obstáculo más serio para nuestra santificación.

Segunda razón por la que la humildad es una virtud fundamental: porque **es como la llave de los tesoros de la gracia divina.**

Nuestro Señor ha querido en la Santa Escritura revelarnos una de las leyes que Él observa en la distribución de la gracia. No una, sino muchas veces, aparece en la Escritura esta ley: "**Humilibus dat gratiam**" (1). "**A los humildes les da la gracia**". En muchas partes de la Escritura aparece esto. Dice uno de los Salmos: "**Alto es el Señor, excelso es el Señor, y ve todas las cosas humildes en el cielo y en la tierra**".

Y San Agustín, comentando ese pasaje de la Escritura, dice: "**¡Cosa extraña! Dios es altísimo y, sin embargo, te elevas, te alejas de Dios; te abajas, te acercas a Dios**". Una divina paradoja.

La humildad, por tanto, es fundamental, porque es como la llave de los tesoros de la gracia. Dios da la gracia a los humildes. El gran obstáculo para las gracias de Dios es la soberbia. La gran disposición para las gracias de Dios es la humildad.

Si alguno tuviera todas las virtudes y le faltara la humildad —lo que prácticamente no es posible—, pero, si por imposible tuviera todas las virtudes y le faltara la humildad, cierta y seguramente que todas aquellas virtudes se vendrían al suelo como un castillo de naipes. En cambio, si uno tuviera todos los pecados del mundo, pero tuviera humildad, con aquello bastaría para que alcanzara el perdón de sus pecados y para que renovara su alma.

Es algo verdaderamente fundamental en la vida espiritual la humildad.

* * *

Y hasta me atrevo a decir, —al parecer irrespetuosamente, pero en realidad para hacer resaltar algo que es muy importante en la vida espiritual—, que "**el lado flaco**" de Dios es la humildad. Esto es, que cuando Nuestro Señor ve un alma humilde, cambia, se transforma, como que se deja dominar por aquella alma.

Ejemplo: tenemos un pecador que ha cometido toda clase de crímenes, sobre el que se cierne la justicia de Dios de manera terrible. Si aquel pecador hace un verdadero acto de humildad, se transforma todo: la justicia se trueca en misericordia, cambia enteramente la situa-

(1) Prov., III, 34.

ción de ese pecador. La humildad de un alma hace cambiar a Dios.

No puede Nuestro Señor, por decirlo así, —es también una manera hiperbólica de hablar—, no puede resistir a un alma humilde. Porque la humildad lo atrae. Casi diría, la humildad como que lo engaña.

¿Recordamos lo que nos enseña la Santísima Virgen en su precioso Cántico "**Magnificat**"? Dice que la llamarán feliz todas las generaciones, porque ha hecho cosas grandes y maravillosas el que es Omnipotente y cuyo Nombre es santo; pero al darnos la razón de esto, dice: "**Porque miró la humildad de su sierva**". Por eso la llamarán feliz todas las generaciones, porque miró la humildad de su sierva. La Virgen nos descubre el secreto, nos da a entender que Dios vió en Ella la humildad y que entonces derramó toda la opulencia de sus gracias y de sus dones sobre Ella.

Gran cosa es la humildad, verdadero fundamento en la vida espiritual, atractivo poderosísimo para Nuestro Señor.

Muchas veces pensamos: ¿cómo atraeré yo a Jesús? ¿cómo le daré gusto?

Y hay almas que, en el orden espiritual, les pasa lo que a esas personas que entienden poco de elegancia y que quieren suplir lo que les falta con multitud de perifollos, creyendo que la elegancia consiste en ponerse muchas cosas.

He llamado a ese defecto "**cursilería espiritual**". Y he descubierto que el patrono de ella es el fariseo aquel del Evangelio, que decía: "**Señor, yo te doy gracias porque no soy como los demás hombres: yo ayuno dos veces por semana, yo pago diezmos**", yo hago, yo torno... El fariseo quería quedar bien con Dios, presentándole sus méritos, sin comprender que a Dios no se le atrae con eso. Este hombre no sabía lo que vale la humildad.

En cambio, el publicano decía: "**¡Señor, sé propicio a este pecador!**" Y el publicano quedó justificado.

Lo que le atrae a Nuestro Señor es la humildad; esa pequeñez, esa sencillez propia de la humildad, le roba el corazón.

* * *

El mismo Jesús nos dió con su ejemplo preciosas lecciones de humildad. Se puede decir que toda su vida es una cadena maravillosa de actos de esta virtud.

Desde luego, ya el misterio de la Encarnación es un prodigio sublime de humildad.

San Pablo, para expresar ese anonadamiento del Verbo de Dios al tomar nuestra carne, dice: "**Exinanivit semetipsum (2) — Se anonadó a sí mismo**".

Nació de la manera más humilde que podía nacer: en un pesebre. Hasta los más pobres nacen en una cabaña, estrecha, pobre, pero morada de hombres. Nuestro Señor fué a nacer en la morada de las bestias.

De niño lo persigue Herodes y Él se salva de la persecución como nos salvamos los débiles: huyendo y escondiéndonos. ¡De cuántas maneras hubiera podido Él salvarse! Pero quiso hacerlo de la manera más humilde.

Los 30 primeros años de su vida los pasa en un ocultamiento, en un silencio desconcertante.

Nosotros, cuando tenemos una cualidad o creemos tenerla, ¡qué bien la lucimos! ¡quisiéramos que todos se dieran cuenta de ella!

Nuestro Señor, que tenía maravillas que lucir, todo lo escondió. ¡Qué ejemplo admirable de humildad esos 30 años de vida oculta en Nazareth!

Y pienso que uno de los motivos principales que tuvo para estar 30 años escondido en Nazareth fué ese: enseñar al mundo lo que es la humildad y el ocultamiento, porque es una de las grandes lecciones que el mundo necesita.

Durante su vida pública, todo lleva el sello de la humildad. Aunque tiene que hacer cosas prodigiosas, sobre todo milagros, porque tiene que revelarse al mundo, Nuestro Señor encuentra la manera de poner un destello de humildad aun en las cosas más grandiosas: cura a un ciego de nacimiento, pero lo hace formando lodo con su propia saliva y ungiendo con aquel lodo los ojos del ciego: ¡qué contraste! Arranca a la muerte su presa cuando resucita a Lázaro; le dice con todo el poder divino: "**¡Lázaro, sal fuera!**"; pero antes ha llorado sobre aquella tumba recién abierta: las lágrimas son símbolo de debilidad y de miseria...

(2) Phil., II, 7.

Hasta en la Transfiguración, cuando su rostro se tornó resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve, y dieron testimonio de Él Moisés y Elías, y se oyó la voz del Padre que decía: "**Este es mi Hijo amado en quien me he complacido**"; hasta en la Transfiguración nos dicen los Evangelistas que Nuestro Señor estaba hablando con Moisés y Elías de las ignominias de su Pasión.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo fué una serie de inmensas, de increíbles humillaciones; ser flagelado, tormento propio de esclavos; ser crucificado, castigo que sólo se les daba a los criminales de la peor ralea; ser escupido en el rostro, una de las mayores injurias que se pueden hacer a un hombre...

Y como si no le hubieran bastado los 33 años de su vida para enseñarnos la humildad, aquí tenemos otra cátedra de humildad, el Sagrario: allí Jesús nos está enseñando de una manera elocuentísima esa virtud, porque, como dice la Iglesia en uno de los Himnos Eucarísticos:

> "**In cruce latebat sola Deitas:**
> **at hic latet simul et humanitas.**
> **En la Cruz se ocultaba la Divinidad,**
> **pero aquí aún la Humanidad está oculta**".

¿Qué vemos en el Sagrario? Un pedazo de pan. Jesús parece que no puede obrar, que no puede amar... Pueden venir sus enemigos y profanar las sagradas especies, y Él calla... ¿No es un ejemplo maravilloso de humildad el que nos da Jesús? Estar escondido en un Sagrario estrecho, a las veces pobre, a las veces sucio, a las veces indecoroso...

* * *

Por tanto, si la humildad es algo fundamental, si la humildad es una virtud predilecta de Jesús, es preciso que trabajemos por cultivarla y por hacer que florezca y que fructifique en nuestras almas.

La soberbia, el defecto contrario a la humildad, como ya dije, es el principio de todo pecado y es el grande enemigo del amor.

El amor necesita humildad, se apoya en la humildad.

A las veces veo tan estrecha la unión entre la humildad y el amor que me parecen como dos aspectos de la misma realidad, como el anverso y el reverso.

La soberbia es el gran obstáculo, ya lo dije, para nuestra santificación.

Motivos son éstos que nos deben impulsar a trabajar con todo empeño en destruir la soberbia y en acrecentar en nuestros corazones la santa, la divina humildad.

Pero no hay quizá vicio que tome mayor número de formas, que se disfrace tan perfectamente y que se oculte de manera tan artificiosa como la soberbia.

Toma todas las formas y hasta formas contradictorias; a veces la soberbia es jactanciosa, como en el fariseo del Evangelio de que acabo de hablar; a veces la soberbia es tímida. A veces la soberbia se oculta, a veces se exhibe. A veces quiere dominar, a veces como que se complace en ser dominada. La vanidad, ¿no es una manera más bien que de dominar, de ser dominado? El alma vanidosa quiere agradar a los demás; es una especie de dominio que sobre ella ejercen los demás: quiere darles gusto, como una esclava quiere agradar a su señora. Y hay otra forma de soberbia que consiste en querer dominar a todos, en querer ser como Dios... Toma pues todas las formas y se oculta y se disfraza. Cuántas veces hemos oído decir: "**Yo no hago esto por orgullo, lo hago por dignidad...**"

Tengo una regla para saber hasta dónde llega el orgullo y hasta dónde llega la dignidad: podemos soportar todas las humillaciones hasta donde las sufrió Jesucristo; más que Él, no. Y aceptando lo que Él aceptó, dejamos a salvo nuestra dignidad. Porque Jesucristo no perdió su dignidad. De manera que hasta donde Él llegó, podemos llegar, sin que la dignidad sufra menoscabo...

Otras veces se disfraza la soberbia con el pretexto de la gloria de Dios o del bien de las almas...

Y a veces la soberbia hace al alma impermeable a todas las sensaciones; poco le importa lo que digan los demás: su único público y su único juez es ella misma. De manera que bien pueden insultarla y decirle horrores; se queda impertérrita, no por exceso de humildad, sino por exceso de soberbia.

De manera que toma todas las formas y a las veces se oculta sutilmente; por eso se necesita andar con ella con muchísimo cuidado.

* * *

Quiero hacer notar una forma de humildad que es muy importante en la vida espiritual: consiste en soportar nuestras propias miserias.

La experiencia enseña que muchísimas almas, por no soportar sus propias miserias, se extravían o se retardan en los caminos de la vida espiritual; forman propósitos firmísimos de santificarse, se dedican con todo empeño a trabajar en esa obra meritísima. Pero muy pronto viene una caída, e inmediatamente se alarman, y se desalientan; muchas veces hasta dejan la empresa comenzada.

¿Por qué se asustan? Es como si alguien se asustara de que una encina produjera bellotas. ¿Qué ha de producir la encina, sino bellotas? ¿Y qué ha de producir el alma, sino miserias y deficiencias? Es la cosa más natural del mundo.

¿Por qué desconfían? En el fondo, por soberbia. Yo no pude, luego no hay esperanzas... Como si dijera: de mí depende todo; lo que yo no haga, no lo hace nadie, Si caigo, ya no hay esperanzas. Es darse demasiada importancia.

Viéndolo bien, todo lo bueno que tenemos viene de Dios. Nosotros lo único que podemos hacer, eso sí, es estorbar un poco. Pero nada más. Nuestro bien desciende del cielo.

Que soy un pobre hombre que caigo cada tercer día, ¿voy a desalentarme? No, porque la confianza no debe apoyarse en mí mismo, sino que debe apoyarse en Dios. Si viera que Dios tuviera miserias y que cayera y que se extraviara, entonces sí la cosa era grave. Pero que yo caiga y que tenga miserias, ¡es cosa que no importa! Porque yo no voy a hacer la obra de mi santificación.

En el fondo, ese desaliento, y muchas formas de desaliento, son fruto de soberbia: nos damos tánta importancia, que cuando tenemos miserias, creemos que todo se acabó.

Por eso es una forma de humildad, utilísima en la vida espiritual, el soportar nuestras propias miserias.

Maestra de esta ciencia fué Santa Teresa del Niño Jesús: le pidió a Nuestro Señor o por lo menos lo deseó, que nunca se acabaran para ella las imperfecciones. Todo lo contrario de lo que suelen pedir y desear las demás almas. Y la razón era que, siendo imperfecta, se mantendría en la humildad.

Tiene más importancia de lo que a primera vista parece esto de soportar nuestras propias miserias. Creo que muchísimas almas se extravían o se estancan en la vida espiritual por no tener humildad.

Santo Tomás pregunta si la desesperación, —que es un desaliento en grande—, si la desesperación es el mayor pecado. Dice que no: hay otros pecados más grandes que la desesperación, como son, por ejemplo, la incredulidad, y sobre todo el odio a Dios, el mayor de todos los pecados. Pero dice que en un sentido, sí puede decirse que es el mayor de los pecados; en el sentido de que quita los recursos que podría haber para ir a Dios, porque por la desesperación se aleja el alma de Dios y se le cierran las puertas de la gracia. Y cita a un Santo Padre que dice que los demás pecados nos llevan hasta la orilla del abismo, pero que la desesperación nos arroja en él. Y el desaliento es de la misma familia; es algo de menor importancia que la desesperación, pero en el fondo es algo contra la virtud santa de la esperanza.

Muchas almas se extravían o se estancan por falta de confianza, porque se dejan dominar por el desaliento.

Un alma humilde no se desalienta jamás; sabe perfectamente que Dios es todo; sabe que todo su bien viene del cielo; y por consiguiente, poco le importa tener o no tener ella por sí misma las cosas, porque sabe que el amor, la misericordia de Dios, le han de dar todo lo que necesita para santificarse.

Examinémonos por lo que toca a la humildad. Sondeemos los profundos senos de nuestro corazón, para que no se vaya a esconder la soberbia en alguno de los rincones de nuestra alma. Y examinemos con atención nuestros sentimientos y los móviles de nuestras acciones, para que no vaya la soberbia a apartarnos de Dios y a poner un obstáculo a nuestra santificación.

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de México.

El Don de Dios

(Concluye)

ESTE efecto santificador del Don de Dios no es en el fondo sino la unión adquirida y alimentada entre el alma y Jesús, y a esto es a lo que tiende esencialmente la caridad del Padre, siempre ávida de derramarse en misericordia. "**De esta plenitud total que está en Jesús, Dios quiere que todos tengamos nuestra parte** (1)". En Cristo, la Divinidad se convierte en una fuente para derramarse. "**Yo, la Sabiduría**, dice proféticamente en el libro del Eclesiástico, **me he derramado en ríos. Nacida antes de toda criatura y salida del paraíso para comunicar al exterior las aguas del gran mar y del abismo inmenso, dije: regaré el jardín que planté, empaparé los árboles frutales de mi pradera a tal grado que mi curso será semejante al océano; y esto lo haré, derramando sobre todos y a oleadas mi doctrina, que es como la luz de la aurora; y esta doctrina no dejaré de publicarla hasta las extremidades del tiempo y del espacio** (2)". He ahí por qué S. Pablo, tan instruido en estos grandes misterios, no se limita a decir que "**en Jesucristo, Dios, de tal manera nos ha enriquecido, que en materia de gracia nada nos falta** (3)"; sino que agrega:

"**dándonos a su Hijo, ¿qué cosa no nos ha dado Dios?** (4)".

Abriéndonos la fuente, Dios se compromete, por tanto, a dejar afluir a nuestras almas todas las aguas que queramos recibir.

En su voluminosa correspondencia, Mons. Gay vuelve a cada paso sobre esta verdad esencial, que nuestra unión a Jesús viene del Padre, de su Espíritu vivificador, y traza con mano maestra las reglas que hay que seguir para hacer fructificar ese talento de valor infinito.

"El dardo que ha traspasado tu corazón —escribía a una religiosa— ha sido lanzado por la mano divina".

"Aplícate a todo bien, puesto que todo bien es tu fin último y que la gracia —es decir la obra del Padre, y del Hijo crucificado, y del Espíritu Santo enviado— trabaja en hacerte llegar a ese fin. Nada mejor pues, que aplicarte a esa mirada interior sobre Jesús que Él mismo se digna pedirte, comenzando por darte la suya, fuera de la cual no estás ni un segundo. ¡Qué dulce certidumbre! ¡qué sol para toda tu vida! Permanezcamos allí, hija mía, vivificados, iluminados y caldeados por ella".

"Vive entregada al Espíritu Santo, escuchándolo con un gran respeto, en un gran silencio interior, y atrayéndolo por tu humildad, tu fe, tu sencillez, tu deseo, tu oración, tu caridad; después, obedeciéndole con una muy amorosa docilidad y una sumisión total de tu ser. Ya sea que vayas a Dios, ya sea que vayas a las criaturas, no vayas sino por el movimiento de la gracia y de la virtud del Espíritu Santo. En el Espíritu Santo es en el que clamamos: "**¡Padre, Padre!**"; por el Espíritu Santo nos comunicamos con toda la Iglesia, de la cual es como el alma y a la que abraza en su única dilección; en el Espíritu Santo también, a ejemplo de Jesús, nos inmolamos por la salvación de esta Iglesia, por la glorificación y por el honor del Padre Celestial. El Espíritu Santo es el único que puede hacer entre Jesús y tu alma esa unión consumada que el esposo y la esposa desean, diciendo al mismo tiempo: "**Veni**".

"Por lo demás, ¡paciencia! Dios obra poco a poco y suavemente, aunque alcance sus fines con grande fortaleza (5)".

* * *

El experimentado Director insiste sobre la necesidad de la paciencia para no pretender recibir en el momento presente más de lo que Dios quiere dar; porque los frutos ya adquiridos acrecientan el santo deseo de una unión más y más completa con Nuestro Señor.

"Es necesario que mires, aconsejaba a otra penitente, que contemples sin cesar a Jesucristo, único ejemplar universal y perfecto, y trates de asemejarte a Él y de reproducirlo; es necesario entregarte sin cesar al Espíritu Santo, único que puede hacer en nosotros la obra del Padre y del Hijo, que es formar a Jesús, el Santo de Dios; es necesario vacar a esta Contemplación y permanecer dócil a esta acción, mantener tu espíritu muy recogido en el interior, libre de toda ocupación vana y superflua, y tu corazón humilde, puro, dulce, amante, fervoroso, ardiente, aunque apacible en sus deseos y en sus esfuerzos; es necesario, en fin, —habiendo hecho y haciendo siempre ese trabajo de depuración—, acordarte que Dios obra a su modo y con una lentitud aparente; de manera que, como lo repite con tánta frecuencia, **la paciencia nos es necesaria**; ya que no poseemos nuestra alma y no producimos verdaderos frutos, sino por la paciencia, la cual es la única en **reproducir la obra perfecta**".

"Entonces, mi querida hija, estaremos seguros de contentar a Dios y viviremos contentos de Él, procuraremos en nosotros y en torno nuestro el advenimiento de su reino y santificaremos su nombre (7)".

A un alma fervorosa le escribía: "Déjate consumir poco a poco por el Espíritu de Jesús, no mires lo que te quita, sino más bien lo que te dará desde que desaparezca lo que se le opone. ¡Ah, qué gran trabajo es éste, hija mía! ¡Y qué bueno es Dios en hacerlo! Porque en fin, el obrero es Él y nosotros somos su obra. Sin duda y por dicha nuestra concurrimos a esta obra; pero las potencias de que nos servimos para esto, Dios es quien las pone en movimiento, Él es el que lleva las cosas a su término, después de habernos dado el comienzo".

"Considera, pues, que debes vivir en sus manos adorables. Permanece ahí, llámese ese lugar Calvario o Tabor; será a las veces uno y las veces el otro, pero con más frecuencia aquél que éste; mas cuando el velo del tiempo se desgarre, encontrarás que ese lugar bendito

es el cielo. ¡Ah, qué bueno es permanecer en las manos de Jesús! (8)''.

* * *

Pero ese trabajo principal de las tres Personas divinas tiene necesidad de nuestro concurso para realizarse eficazmente; y Mons. Gay no quiere que nos ilusionemos sobre este punto. ''Cuando el Espíritu de Jesús —escribía— se apodera de un alma, si al principio es para poseerla, en seguida es para fecundarla y hacerla obrar. Como Él mismo —que fué **asumido** por la Divinidad como ninguna criatura lo será jamás— no permaneció pasivo bajo esta toma de posesión ni entregado simplemente a las energías divinas; como se encaminó hacia su fin, hizo su obra y subió a la cruz; como, en fin —para decirlo todo en una palabra, tántas veces y con tánta complacencia repetida por Él—, vivió para su Padre; así en ti guarda la misma inclinación y tiende al mismo fin''.

''Por tanto, sin apresuramiento alguno ni por movimiento propio, sino dependientemente del Espíritu que está en ti y en unión con Jesús, para imitarlo, para servirle, para ayudarlo y de esta manera llegar a una unión con él más perfecta y especialmente a esa unión con su Padre que es el término de todas las cosas; harás bien en obrar y en aplicarte directamente, simplemente, fuertemente a tus deberes y a todo lo que se te manifieste revestido de la luz de la voluntad divina''.

También es un concurso que hemos de aportar al Padre darle almas instruidas en los caminos sobrenaturales. ¡Cómo se quejaba Mons. Gay con la hermana de Mons. de Ségur sobre la falta de conocimiento suficiente de esta elevada espiritualidad que se lamenta en ciertos directores!

''No tengas, hija mía, —decíale— la sombra de una inquietud sobre tu camino; es muy seguro y aún diría que es el único bueno, porque es precisamente aquel del cual Jesús dijo: **''Yo soy el Camino''**. ¡Oh sí, hija mía, es nuestro camino y la única desgracia de las almas es no caminar por él! ¡Cuántas almas, aún en la vida religiosa, que están en este camino, pero que no caminan por él, porque no lo conocen bien y algunas veces —con demasiada frecuencia— por no tener un guía experimentado!''

"Ruega sin cesar a Nuestro Señor que derrame sobre los sacerdotes y sobre los directores de almas abundantes efusiones de esa Sabiduría que es Él mismo. La vida mística se encuentra muy raquítica en el clero. No la conocen porque no la viven y entonces ¿cómo quieren que la enseñen? En cuanto a ti, mi querida hija, aprende poco a poco todo lo que debes conocer, permaneciendo en la escuela donde la gracia infinita de Jesús te ha hecho entrar (10)".

La causa de esa deficiencia debe buscarse quizá en la imperfección de las disposiciones de los que estudian a Nuestro Señor. "Porque esta ciencia de Cristo es una cosa santísima, que no se deja abordar por los curiosos llenos de vanidad, ocupados de sí mismos, divagados, faltos de delicadeza y de fidelidad; sino por los que pacifican su corazón cuidadosamente y son muy humildes (11)".

* * *

Pensemos en aumentar nuestra confianza en el deseo intenso que tiene el Salvador de acabar de invadirnos y de poseernos plenamente para ofrecernos y darnos al Padre. "¡Qué bueno y seguro es —escribía Mons. Gay a una visitandina— pasar de nosotros mismos a Jesús y en Él olvidarnos y en Él perdernos! Sigue este atractivo hasta el fin. Te despojará de todo mal y te revestirá de todo bien, es decir, de Jesús".

"Es necesario que ese fondo, donde me dices que Jesús reina totalmente, vaya extendiéndose cada día. Así como, después de haber poseído nuestra naturaleza en su Encarnación bendita, quiere también poseer nuestras personas por la justificación de nuesta alma y por el santo bautismo; de la misma manera, después de haber poseído nuestras personas, quiere poseer toda nuestra vida, todos sus instantes y todos sus actos. De esta santa invasión de Cristo en nosotros es de la que decimos cada día: "**¡Padre, que venga a nosotros tu reino!**"

"Tu voluntad, amada hija, lo quiere; y en verdad no quiere otra cosa. La gracia, el amor, el tiempo y la paciencia completarán esta gran obra que es la obra por la cual Dios te ha creado, redimido y llamado a la vida religiosa. Vive de ese deseo. Tu vida debe ser un "**ven**" perpetuo, pero un "**ven**" que se enjoye, por decirlo así,

con la certeza habitual de que ha venido ya. Y el que ha venido ya es Jesús; porque sólo por Jesús se puede suspirar. Cuanto más te simplifiques, más lo glorificarás. Entrégale todo y a cada momento. Así hacía la Virgen Santísima, imitando por lo demás esa entrega incesante y total que la santa Humanidad de Jesucristo hacía de sí misma al Padre celestial (12)".

"Dejemos, pues, vivir a Jesús, dejémosle obrar, dejémosle reinar y gobernar. Tiene necesidad de esos tronos que le erigen en sí mismas las almas puras y generosas. Mira, de todas partes brota este grito: "**No queremos que ése reine sobre nosotros** (13)"; que gobierne el mundo invisible, pero la tierra nos pertenece y la guardaremos para nosotros; pretender que sea sólo para Jesucristo es una derogación y una usurpación también, y respecto de nosotros es cometer una violencia".

"¿Qué quieren decir con esto? Es verdad que en cierta medida y por un tiempo Dios entregó a los hombres la tierra y el mundo exterior. ¿Pero por qué? ¿Fué para sustraer ese mundo a la verdad? ¿para apartarlo de la justicia? ¿para hacerlo independiente de la luz y del amor? ¿Fué para que abusen de él, para que lo envilezcan y lo profanen? No, ciertamente. El mismo que dijo: "**El cielo de los cielos es del Señor y la tierra la he dado a los hijos de los hombres** (14)", dijo también: "**La tierra es del Señor, la tierra y toda su extensión, la tierra y todo lo que la llena** (15)". Y dijo también: "**Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra** (16)".

"Por tanto, si ha entregado y confiado el mundo exterior a la criatura razonable, no ha sido una abdicación, —no puede abdicar y no abdica jamás—; ha sido para que la criatura tuviese algo que consagrarle y para que, colocándose ella misma bajo la obediencia de un poder que en todos los casos la domina, pudiese merecer y saber perfectamente lo que es pertenecer a Dios, y para que Jesús no reinase definitivamente sino por amor y sobre vasallos libres".

"Y eso es lo que el mundo no puede sufrir. Pues bien, nosotros, cristianos, lo queremos, este reino de Cristo; y a despecho del mundo vendrá a nosotros".

"Si niegan a Cristo, lo afirmaremos; si lo atacan, lo defenderemos; si blasfeman de él, lo adoraremos; si lo

expulsan, lo acogeremos y si no hay ya lugar para Él en las hospederías, en las casas de tránsito que son los palacios, los poderes y las instituciones de la tierra, se abrirán las grutas y las cavernas para recibirlo".

"Y nosotros, todos y cada uno, seremos su asilo; y para que no le quedara ni uno sólo, será necesario matar hasta el último cristiano. Pero el día en que muera el último cristiano será el día en que muera el mundo; porque el mundo no vive sino por los santos y para los santos, y no vive sino gracias a la presencia, a la libertad y a la soberanía de Cristo (17)".

SEMINATOR CHRISTI.

NOTAS

(1) Joann., I, 16. — (2) Eccli., XXIV, 40-47. — (3) I Cor., IV, 8. — (4) Rom., VIII, 32. — (5) Ins. en forme de retraite, p. 222-223. — (6) 3e. série, p. 252-253. — (7) 3e. série, p. 276. — (8) 2e. série, p. 351-352. — (9) 2e. série, p. 387-388. — (10) 2e. série, p. 376-377. — (11) 2e. série, p. 382. — (12) 2e. série, p. 413. — (13) Luc., XIX, 14. — (14) Ps. CXIII, 16. — (15) Ps. XXIII, 1. — (16) Matth., XXVIII, 18. — (17) Nouveaux Sermons, p. 63-64.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Año XXX Número 358 1º de Octubre de 1950

Director: **J. G. TREVIÑO**

Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31.

Teléfono 35-00-99 México 1, D. F.

SUSCRIPCIONES:

Por un año $ 5.00. — Número suelto, $ 0.45

En el Extranjero, un dollar U. S. A.

—A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

La Soledad de María

DESPUES DE LA ASCENSION

María Comulga

No basta para la integridad de la Santa Misa que Nuestro Señor se ofrezca en ella como víctima a su Padre; es necesario también que se una al hombre por la comunión. Es la ley de todos los sacrificios: los que los ofrecen deben participar de ellos comiendo la carne inmolada. Por eso, en los primeros tiempos, los fieles comulgaban siempre que asistían a la Santa Misa.

El docto Vásquez considera este hecho como absolutamente cierto. Por eso en las antiguas Liturgias, después de haber hecho salir a los penitentes, se enviaba también, antes de la Co-

munión, aún a los catecúmenos. No quedaban en la asamblea sino los santos, es decir, los fieles que debían participar con el sacerdote de los Dones consagrados.

¡Qué consolador es para la piedad cristiana poder decir: "**María comulgó!**" Desde que se empezó a ofrecer el Santo Sacrificio en la Iglesia, María comulgó todos los días de su vida mortal. Cuando por el recuerdo recorremos las diversas etapas de la vida mortal de Jesús, del pesebre de Belén a la cruz del Calvario, encontramos siempre a María a los pies de su Hijo; de la misma manera, cuando nos acercamos al altar, encontramos siempre a esta augusta Madre que nos ha precedido asistiendo a la Santa Misa y comulgando en ella.

He aquí las razones en las que se apoya Suárez para enseñarnos que la Sma. Virgen comulgó todos los días de su vida, desde la Ascensión de Jesús.

"*La comunión cotidiana,* dice (1), *en los principios de la Iglesia, era por lo menos de consejo apostólico; ¿cómo no había de mostrarse María la más humildemente sumisa a esta directiva de los apóstoles? Ella, tan diligente en establecer el reino de Dios, ¿cómo no había de dar aquí el ejemplo de lo que es más eficaz para santificar un alma? Comulgar para ella era afirmar muy alto ante todos los fieles su soberana reverencia por las instituciones de su divino Hijo; era reconocer a Jesucristo como el principio de las gracias que recibía; era mostrar a los cristianos cómo se deben honrar los sacramentos; era abrir ante los fieles el camino de la perfección cristiana; era hacer con una incomparable autoridad la más explícita y completa profesión de fe católica*".

María comulgaba todos los días, porque sabía que Jesús había instituído la Eucaristía para Ella más que para todas las demás almas. Suárez nos enseña, en efecto, que María fué la primera causa de esta divina institución; y mucho antes que él, San Gregorio de Niza llamó a este Sacramento "**el Sacramento de María**". ¿Y por qué razón? Porque Jesús, que todo lo hace por sus elegidos, trabaja desde luego por sus predilectos, es decir, por los más santos; son los primeros en sus designios y en sus obras.

Al instituir la Eucaristía, Jesús preparó la salvación

(1) T. II, in III. Diss. XVIII, sect. III.

de todos los cristianos. Para que no se vieran privados de su presencia durante su destierro sobre la tierra, para que antes de verlo en el cielo lo poseyesen ya en medio de las vicisitudes de esta vida mortal, se ocultó bajo los velos de la Hostia. Por la Comunión quiso llevar su Divinidad encarnada al centro del Género humano, darle una parte viviente de su Redención, alimentarlo con su Cuerpo y con su Sangre, colmarlo de gracias y depositar en su ser los gérmenes de la resurrección gloriosa.

Estos designios divinos, Jesús los extendió a todos. El más pequeño de los elegidos que durante la vida haya comulgado siquiera una vez al año o quizá solamente una vez antes de morir, tendrá parte eternamente en estos beneficios eucarísticos. Pero los primeros entre los elegidos, los santos, tendrán una parte más grande, porque comulgarán más santamente y con más frecuencia. Serán los privilegiados del altar; como San Juan en la Cena, tendrán con Cristo esas predilecciones admirables, esas intimidades de la amistad que el autor de la **Imitación** califica de estupendas.

Entre las almas más amadas, más íntimas, más naturalmente invitadas a este banquete, ¿quién puede compararse con María? La parte que le correspondió en la herencia de Cristo es incomparable y no puede valorizarse. Todos los Misterios que se refieren a la Encarnación comienzan y se acaban en su alma antes de reproducirse en el resto de sus elegidos; en ella y sólo en ella encontraron su plenitud perfecta.

Desde luego, Jesús le otorga con magnificencia el beneficio de su presencia real en el Santísimo Sacramento. Destinada María a trabajar después de Él, durante largos años, en la formación de su Iglesia, Jesús previó su soledad y qué cruel sería verse separada de Él. Por eso instituyó la Santa Eucaristía, para que su Madre encontrara en ella una admirable compensación. Por este Sacramento Jesús da a María el único consuelo que puede enjugar sus lágrimas.

En efecto, ¿cómo hubiera podido vivir sin la presencia de Jesús? Cuando se ha poseído, como Ella, semejante Hijo; cuando se ha gozado de su presencia y de su conversación, como le fué dado en Nazareth; es un verdadero martirio verse alejada de un ser tan querido. Pero Jesús viene en auxilio de su Madre; cada día des-

ciende del cielo para visitarla —¡qué digo!— desciende a su Corazón y hace de él su sagrario. María lo posee como en los días en que lo poseyó más íntimamente. Puede decir, después de cada una de sus Comuniones, estas palabras que fueron escritas para Ella y que Ella repetía con tánto amor en los tiempos dichosos en que llevaba en su seno al Salvador del mundo: "**El que me creó, descansa en mi tabernáculo. Su fruto es dulcísimo a mis labios.**

Con la Eucaristía, el destierro de la Sma. Virgen se hace tolerable y aún digno de envidia; así María podrá esperar con paciencia el día de su tránsito de este mundo; entretanto trabajará en la salvación de sus hijos y consumará su obra en la paciencia. El maná sagrado que cae cada mañana la nutre y renueva su juventud. El desierto se transforma en un paraíso de delicias, desde que, al amanecer de cada día, puede ir hacia su Hijo, estrecharlo, abrazarlo y derramar su alma en su amada presencia.

* * *

Con el beneficio de la presencia de Jesús, María recibe en la Sagrada Comunión la gracia unida a la manducación del Cuerpo del Señor.

La Comunión completa los Misterios de la Encarnación y de la Redención, afirma Santo Tomás. Nosotros comulgamos a título de hermanos o hermanas de Jesucristo, pero María comulga a título de Madre; dió a Jesús el Cuerpo que le sirvió de instrumento para salvar al mundo; ahora que ese Cuerpo divino, pasado al estado de Sacramento, es la salvación viviente de Dios, María lo viene a buscar como un bien que le pertenece. Dándose en comunión a su Madre, Jesús le devuelve, en una restitución llena de amor, el don sagrado que de Ella recibió: esa Carne y esa Sangre que María le proporcionó a su entrada en este mundo.

Jesús es siempre espléndido en sus gracias y múltiple en la efusión de sus larguezas; por eso da el ciento por uno de lo que recibe. María ofreció a Jesús una carne de víctima, Jesús le devuelve una Carne deificada; Ella le proporcionó una Sangre humilde y pasible, Él se la devuelve inmortal y gloriosa. En lugar de aquella leche virginal con la cual María alimentó la vida mortal

de su Hijo, Jesús la sacia con un cáliz que lleva a los labios de María oleadas de vida divina.

De esta manera la Eucaristía viene a ser la recompensa de la Maternidad de la Sma. Virgen. Después de haber preparado el trigo de los elegidos en Nazareth, la Madre de Jesús se alimenta con él en la casita del Monte Sión, recibiendo bajo esta forma sagrada el justo precio de su abnegación maternal.

María recibe también en la santa Mesa la serie de gracias que el Sacramento produce en el alma ferviente. ¿No es Ella la primera de los fieles? Criatura redimida como nosotros, como nosotros vive de la gracia; y esa gracia es susceptible de derramarse sin que sea posible asignarle límite alguno. Por tanto, María, como fiel, puede siempre por la Comunión crecer en la fe y en el amor de Jesucristo; puede siempre merecer un nuevo grado de gloria eterna. Aunque Dios le otorgó gracias sin semejante —como su Concepción Inmaculada y su Maternidad divina— tiene, sin embargo, otras muchas que concederle. Su liberalidad no tiene límites: el alma que sube hacia Él se encuentra ante espacios inconmensurables de santidad y de luz.

Cada Comunión le proporciona, pues, a la Sma. Virgen un acrecentamiento de caridad perfecta, la une a Jesús más íntimamente, hace que se abisme más en el océano de su Voluntad santísima. Tal es la gracia propia de la Madre de Jesús, la de haber hecho fructificar al céntuplo cada uno de los dones que Dios le concedió. El culto con que honró la santa Eucaristía, el fervor con que comulgó durante los últimos años de su vida, contribuyeron con mucho a la obra definitiva de su glorificación.

Hasta el fin será siempre la "**Virgen fiel**". "**Eres bienaventurada,** le decía Isabel, **porque creíste**". Esa bienaventuranza de María fué siempre aumentando. Creyó en la palabra del ángel, y asimiló todas las gracias de la Encarnación de Jesucristo; creyó en la eficacia soberana de la muerte de Cristo en la Cruz, y recogió todos los méritos de la Redención del Salvador; creyó en la virtud del sacramento de la Eucaristía y recibió al pie del altar todas las gracias que puede producir la Comunión diaria a un alma que no tiene más que agregar, sino un nuevo esplendor a una virtud ya deslumbradora.

Repasemos estos pensamientos, sobre todo antes de comulgar. Sin duda que hay una distancia inmensa entre la Madre de Dios y nosotros; somos, sin embargo, de la misma familia, la misma Sangre de Jesús corre por nuestras venas y la misma gracia nos santifica.

El beneficio de la presencia real de Jesús, el privilegio de la manducación de su Cuerpo en la santa Misa, los efectos divinos que produce el Sacramento, existen para nosotros como para María, derivan de nuestro bautismo y son inherentes al estado de gracia.

Podemos santificarnos, como María al pie del altar; sin duda que no en el mismo grado, pero sí de la misma manera y en una abundancia tanto más grande, cuanto más semejante sea nuestra fe y nuestro amor a la fe y al amor con los cuales la Madre de Jesús recibía el Cuerpo de su Hijo divino en sus Comuniones sobre la tierra (2).

(2) Perdreau, "Les Dernières Années de la Très Sainte Vierge".

OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—La verdadera devoción al Espíritu Santo. II.—Los Dones. III.—Los Frutos. IV.—Las Bienaventuranzas.—Con 420 páginas. $ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición. — Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—Las enseñanzas de Jesús. II.—La transformación del alma en Jesús. III.—El interior del Corazón de Jesús. IV.—El descanso divino.—$ 6.50.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas". o sean varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico. —Con 238 páginas. $ 3.50.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepevac.—Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas. $ 3.75.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia. $ 4.50.

"EL SACERDOTE". Misterio de amor".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdote católico.—Con 306 páginas, $ 5.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas. $ 4.00

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, $ 6.75.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas. $ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "Simientes Divinas". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

Administración de "LA CRUZ"

Apartado postal 1580

MEXICO 1, D. F.

OBRAS

del Padre J. GUADALUPE TREVIÑO M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"LA EUCARISTIA".—5ª edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas, $ 5 00. — Traducciones en inglés y holandés.

"CONFIEMOS EN EL". 4ª edición.—Reflexiones para despertar la confianza en N. S. 274 páginas, $ 5.50.

"MADRE".—4ª edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, $ 3.80.—Traducción en holandés.

"SENDEROS DE LUZ".—2ª edición, $ 5.50.

"SENDEROS DE PAZ".—2ª edición, $ 5.00.

"SENDEROS DE AMOR".—2ª edición, $ 4.75.

Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.

"LA MUJER".—2ª edición. Expone la noble y elevada misión de la mujer, 200 páginas, $ 3.75.

"SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2ª edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, $ 5.50.

"HACIA LAS CUMBRES".—2ª edición.—Páginas de heroismo para la niñez y la juventud. $ 3.80.

"EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas. $ 3.50.

"PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el espíritu de la Iglesia, siguiendo el Ciclo Litúrgico. 350 páginas. $ 6 50.

"PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, $ 6.00.

"ESCONDIDA SENDA". Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas. $ 4.75.

"VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria, $ 4.00 rústica.

"SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La santidad al alcance de todos. $ 5.50 rústica.

"ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2ª edición corregida y aumentada, $ 4.25.

"UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, $ 5.00.

"LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. 80 págs., $ 2.00.

"LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad (Agotada).

"UN APOSTOL DE LA CRUZ".—Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras.—Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto. Rústica, $ 8.00; encuadernación especial, $ 10.00.

EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO. Instrucciones sobre la Confesión. $ 0.75.

"¡YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos, 2ª edición, $ 1.25.

"DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2ª edición, $ 0.50.

"DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, $ 0.85. Tomando los dos, $ 1.25.

"TRILUDIO GUADALUPANO".—3 cánticos populares, $ 1.75.

"SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—$ 2.00.

NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — VIACRUCIS.—El ciento de cada uno, $ 7.50.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela, con un aumento de $ 1.50 neto.

IMP. ALDINA.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5455